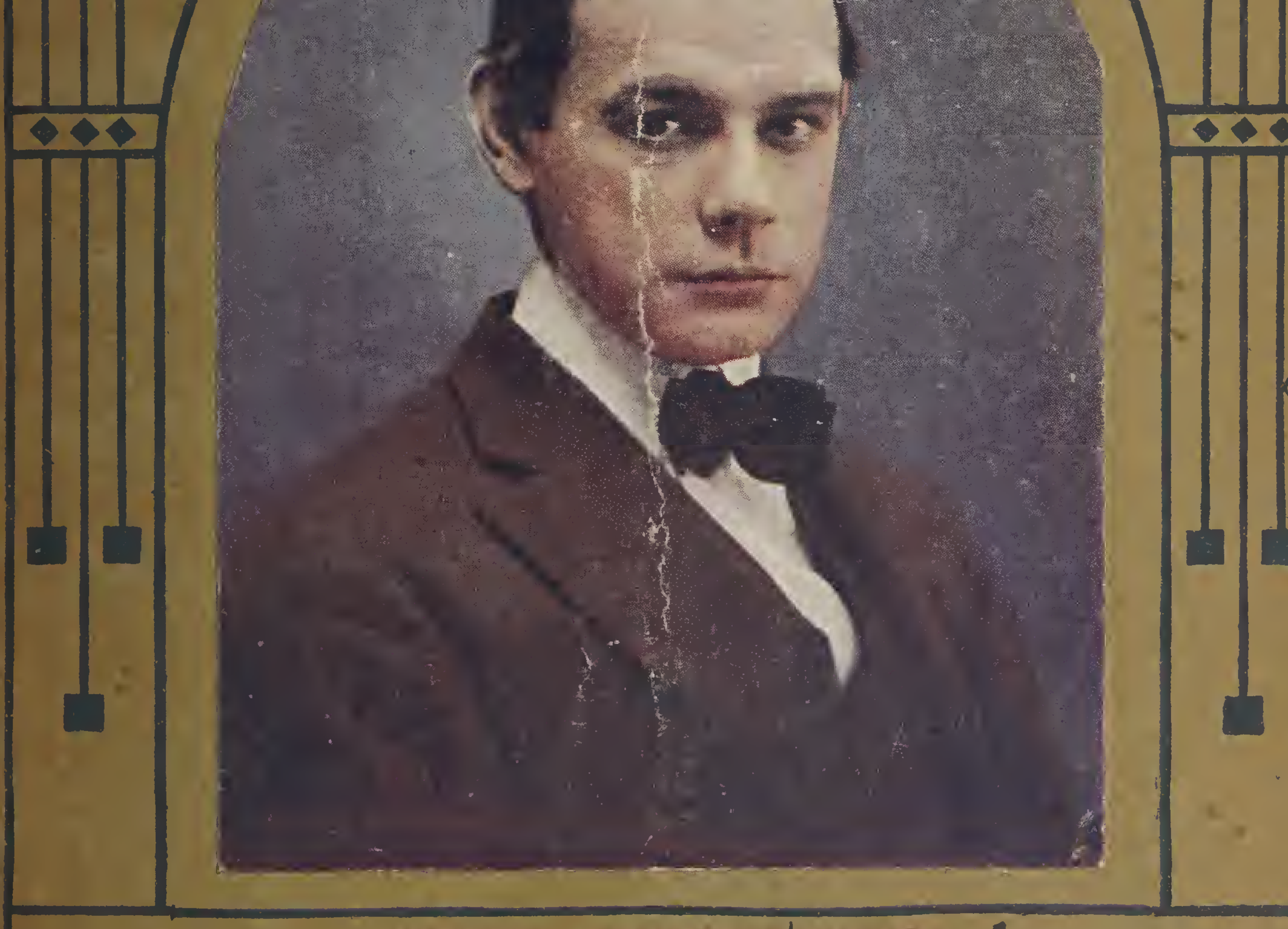
TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año III

Nº 94



VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO

"NO MATARÁS"

DRAMA EN DOS ACTOS

EDITORES: MORO, TELLO Y CÍA., TALCAHUANO 74, BS. AS.

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: Capital 0 20 - Interior 0

OBRAS PUBLICADAS

Número 1, **La cabra tira al monte**, Julio F. Escobar; No 2, **Colorado y negro**, L. Rodríguez Acasuso; Nº 3, **La fea de la casa**, Julio F. Escobar; Número 4, **El hombre que pudo matar**, Folco Testena; Nº 5, **Florencio Sánchez y su obra**, V. Martínez Cuitiño; Nº 6. **Mundial Pantomim**, A. Moock; No 7. **¡Qué pichincha!**, Julio F. Escobar; Nº 8. **La huelga**, Dr. Gonzalo Bosch; Nº 9. **El hombre que sonríe**, Julio F. Escobar; Nº 10. **Muñecas de lujo**, L. Pita Martínez; Nº 11. **El ñato Padilla**, L. Rodríguez Ascauso; Nº 12. **Cuando muere el día**, B. Roldán; No 13. **La Santa Madre**, J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; Nº 14. **La vida es sueño**, D. P. Calderón de la Barca; No 15. **Rayito de sol**, V. Martínez Cuitiño; Nº 16. **Los averiados**, H. Brieux; No 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!**, Julio F. Escobar; No 18. **Frío**, Eduardo Zamacois; Nº 19. **El Arlequín**, Otto Miguel Cione; Nº 20. **El dolor del bárbaro**, Carlos Schaefer Gallo; No 21. **Bajo el yugo de un tirano**, Julio F. Escobar; Nº 22. **Mi prima está loca**, F. E. Collazo y T. Insausti; Nº 23. **Las hijas del capitán**, L. Rodríguez Acasuso; No 24. **La ganzúa de oro**, Belisario Roldán; Nº 25. **La humilde quimera**, V. Martínez Cuitiño; Nº 26. **El dilema del doctor**, Bernard Shaw; Nº 27. **La propia obra**, César Iglesias Paz; Nº 28. **La canción de la camisa**, Pedro E. Pico; Nº 29. **El alcalde de Zalamea**, D. P. Calderón de la Barca; Nº 30. **Deligatessen Haus**, A. T. Weisbach y S. Linnig; Nº 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor**, Armando Moock; Nº 32. **Teléfono para tumbas**, traducción de Julio F. Escobar; Nº 33. **El derecho de matar, (adap.)**, Julio C. Traversa; Nº 34. **La señora Caburesa**, Roberto L. Cayol; Nº 35. **Anita Balbi**, Folco Testena; Nº 36. **El pobre hombre**, J. González Castillo; Nº 37. **La Bandera Roja**, Eugenio Troisi y César L. Pelazza; Nº 38. **La Serpiente**, Armando Mook; Nº 39. **Montmartre**, Versión de J. F. Escobar; Nº 40. **Israel**, Versión de Jorge Dowton; Nº 41. **El sobrino de Malbrán**, José León Pagano; Nº 42. **El héroe y el soldado**, G. B. Shaw; Nº 43. **El corazón y el dinero**, Julio F. Escobar; Nº 44, **Así terminó la fiesta...**, J. López Silva y C. M. Pacheco; Nº 45, **La Despedida**, Alejandro Marcó; Nº 46, **La virgen loca**, Henry Bataille; No 47. **Teatro breve**, Pedro E. Pico; Nº 48, **El corazón de la selva**, Otto Miguel cione; Nº 49. **Guerra a la guerra, El tren Expreso**, Ramón de Campoamor; Nº 50. **Nochebuena, El pasado vuelve**, Eduardo Zamacois; Nº 51. **La única verdad**, Alcira Olivé; No 52, **¡Te quiero Te adoro!** , Roberto Gache; Nº 53, **El Animador**, Henry Bataille; No 54, **El Velo Desgarrado**, Pierre Wolff; Nº 55, **Un caso de conciencia**, Paúl Bourget y Serge Basset; No 56, **Las ideas modernas, Entre bueyes no hay cornadas, El retrato del pibe**, José González Castillo; No 57, **El mundo de los Snobs**, Juan Agustín García; No 58. **En u nrincón de la selva**, Ricardo A. Paz; No 59, **La mala reputación**, J. González Castillo y J. Mazzanti; No 60, **Los salvajes**, Alberto Ghiraldo; Nº 61, **Como la espuma** E. L. Tulasne y F. Gentiluomo; Nº 62, **El nido de mis amores**, José J. Berutti; No 63; **¡Ciego de Amor!**, Carlos Caváco; No 64; **La venganza de Napoleón, La cabra tira al monte**, Julio F. Escobar; No 65, **Mar de Fondo**, D. R. Martínez y R. M. Cabrera; **El ahijado del presidente**, R. M. Cabrera; No 66, **El último Vals**, J. Brammer y A. Grunwald; No 67, **Un marido ideal**, Oscar Wilde; Nº 68, **Los de la maffia, Champagne tangó** Isaac Morales (hijo); No 69, **Frou-Frou del Tabarín...**, Julio F. Escobar; Nº 70, **Casa con dos puertas mala de guardar**, Calderón de la Barca; No 71, **La barca errante**, Otto Miguel Cione; Nº 72, **Veinte años después; La quinta de los Reyes**, Carlos M. Pacheco; No 73, **Sullivan (El Comediante)**, Melesville; No 74. **El león ciego**, Ernesto Herrera. — Nº 75, **Salomé**, Oscar Wilde. N.º 76, **El mejor alcalde, el Rey**, Lope de Vega. N.º 77, **Prèstame tumujer**, Mauricio Desvalliéres. Nº. 78, **El chico del Far-West**, Vergara y Estevanes. N.º 79, **Kiki** versión de Julio F. Escobar. N.o 80, **La Cuarterona**, Juan Agustín García. N.º 81 **La Lámpara de Arcilla**, Enrique Larreta. N.º 82, **Zaira**, Voltaire. N.º 83, **María Tudor**, Victor Hugo. N. 84 **Las bodas de Figaro**, Beaumarchais. N.º 85, **El Estanque**, Ernesto Herrera. No. 86, **La muerte de César**, Voltaire. No. 87, **La Casa Cercada**, Pierre Frondaie. N.º 88, **El encanto de Mamá**, adaptación de Francisco José Bolla. N.o 89, **Negro.. y van siete**, Enzo Gemignani. No. 90, **El hombre de confianza**, José López Silva y Nicolás de las Llanderas. N.o 91. **La barba de Carrillo**, Muñoz Seca. N.o 92, **Locuelas**, Alfred Capus. N.o 93, **Conciencias que mueren**, Enzo Gemignani.

EDITORES: MORO, TELLO & CIA.
Talcahuano 74, Buenos Aires

Al doctor Emilio Troise

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Editores: MORO, TELLO & Cía. *Talcahuano 74, Bs. Aires*

Año III | Martes 30 de Agosto de 1921 | N.º 94

[497:12]

Al doctor Emilio Troise

VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO 1887-

"NO MATARÁS"

DRAMA EN DOS ACTOS

Estrenado el 22 de Julio de 1921 en el Teatro Nacional de Buenos Aires.

PERSONAJES:

ADELAIDA	30 años	Sra. Poli
AIDA	20 »	Sta. Podestá
MICAELA	60 »	Sra. Gimenez
LUISA RETO		Sta. Borda
SARA ANDREINI		» Iturrat
MUCAMA		» Poli (Marta)
HEROLD	45 años	Sr. Cantello
CABRAL	30 »	» Castellini
MORENO	30 »	» Muñiz
DEFENSOR	30 años	Sr. Walk
PERIODISTA	60 «	» Morales
ARTURO PIETRO	»	» Otal
FISCAL	30	» Castro
OFICIAL	30 »	» Ceglie
VIGILANTE 1o.		» Rosingana
VIGILANTE 2o.		» Piñeiro (A.)
ORDENANZA		Guarrochena

ACTO PRIMERO

El escenario representa un salón de fumar, amueblado confortablemente, con puertas a izquierda y derecha. Al foro una ventana con balcón a la calle. Cuando se levanta el telón Adelaida está junto a una mesita tomando café. Aparece de inmediato la mucama por derecha.

ESCENA I

ADELAIDA — MUCAMA

MUCAMA.—¿Llamó la señora?...

ADELAIDA.— Sí. Dígale al señor que venga a tomar el café.

MUCAMA.—El doctor me preguntó recién dónde estaba usted.

ADELAIDA.—**(Extrañada)** ¿Y no lo sabe?...

MUCAMA.—No sé, señora. Le dije que estaba usted aquí.

ADELAIDA.—No es nada. Haga lo que le he dicho.

MUCAMA.—Muy bien, señora. **(Cuando mucama se dirige hacia la derecha, aparece por el mismo punto Herold, vestido de smoking, encendiendo un grueso habano).**

ESCENA II

DICHOS y HEROLD

ADELAIDA.—Creí que no deseabas tomar café.

HEROLD.—Sí. **(A Mucama)** Sírvame cognac. **(Mucama desaparece por derecha)** ¿Trajeron el diario?...

ADELAIDA.—**(Dándole un diario que hay sobre la mesa).** Aquí está. **(Herold desdobla el diario).** Los sucesos de Barcelona, Revolución en Alemania.— El gran debate de hoy. **(Mucama aparece por derecha, trae una bandeja con botella y copas; sirve a Herold que comienza a leer el diario).**

MUCAMA.—¿La señora no va a tomar?...

ADELAIDA.—No. **(Mucama deja la bandeja sobre la mesa y se va por derecha).**

HEROLD.—¿Por qué no tomas?...

ADELAIDA.—No; gracias, no siento deseos de tomar. **(Herold vuelve a leer el diario).** ¿A dónde piensas ir?...

HEROLD.— Al club. ¿Por qué?...

ADELAIDA.—¡Dichoso club!

HEROLD.—**(Con familiar despreocupación).** ¡Caramba! ¿Te extraña tanto que vaya al club? ¿No voy todas las noches?...

ADELAIDA.—Sí: en efecto. Vas todas las noches. Pero...

HEROLD. Pero... ¿qué?

ADELAIDA.— Nada... nada. Me había forjado una ilusión solamente.

HEROLD.—¿Una ilusión? Dímela.

ADELAIDA.—No vale la pena.

HEROLD.—Si se trata de una ilusión no debe valer la pena desde luego. Habla, sin embargo.

ADELAIDA.—Te he dicho que no tiene ninguna importancia.

HEROLD.—No ha de ser así, puesto que asumes una actitud que te vende. ¿Qué te ocurre?...

ADELAIDA.—Nada, nada. Cometí la tontería de creer que esta noche no saldrías, que te quedarías conmigo.

HEROLD.—¿Por qué has cometido esa tontería?...

ADELAIDA.—El año pasado te quedaste.

HEROLD.—¡Ah! Un romanticismo... ¿Acaso por que es tu onomástico?...

ADELAIDA.—En efecto. Un día en el año no me parece mucho exigir.

HEROLD.—¿No te he traído un hermoso collar?...

ADELAIDA.—Sí, una alhaja. Demasiado sabes que hubiese preferido tu presencia.

HEROLD.—Pero... hija! Tu no ignoras que tengo dos juzgados a mi cargo, que me fatigo bastante sobre los expedientes y en las audiencias, que necesito, en consecuencia, un poco de distracción.

ADELAIDA.—Si conmigo no te distraes haces bien. Yo no te reprocho nada.

HEROLD.—No tendrías razón.

ADELAIDA.—Tendría la razón de mi aburrimiento.

HEROLD.—**(Extrañado).** ¿De tu aburrimiento?...

ADELAIDA.—Yo me aburro sin tí.

HEROLD.—No seas romántica, Adelaida. El matrimonio no es una novela.

ADELAIDA.—Ya lo sé.

HEROLD.—**(Con acento de convicción).** No; no lo sabes. Tú exiges romanticismo porque eres romántica y desdeñas la agradable realidad: es decir: un compañerismo tolerante, que es mejor aún que el amor, porque no está expuesto ni a sus alternativas ni a sus injusticias. Yo no te pido amor, te pido compañerismo. Haz tu lo mismo Tú me amas en las alturas sublimes donde yo no estoy, porque no llego: yo te quiero en la tierra, fuertemente, pero al modo de la tierra y según mi capacidad terrenal. ¿Qué más deseas?... Por el hecho de ir al club no te quiero menos y, posiblemente, si me quedara junto a tí todas las noches este dulce compañerismo que ha sucedido al amor ardiente de otrora, también desaparecería. Y no te asombres por lo que te digo. Los enamorados vehementes terminan por no tolerarse cuando no suplen la ausencia inevitable de la pasión con una tranquila e inteligente reciprocidad afectiva, que acaso no tiene nada del amor, porque el amor se va, como se va la juventud, como se va la vida, pero que está lleno de amistad, de esa bella y suave amistad en que las almas fraternizan y por la cual se conocen mejor y se perdonan unas a otras los innúmeros defectos que no les fué dado corregir. La amistad, queridita, es el amor sin venda. Sé, pues, mi amiga y tolérame tal cual soy, como yo tolero tu romanticismo, tus exageraciones sentimentales, todo eso que tú llamas amor... **(Mucama cruza la escena).**

ADELAIDA.—**(Haciendo un gesto de resignación).** Antes no eras así. Me querías violentamente, con venda. Eras celoso. ¿Por qué no lo eres más?... ¿No será que tu amor desaparece?...

HEROLD.—Al contrario. Si antes era celoso y ahora no lo soy, quiere decir que mi amor ha mejorado. Te quiero sanamente, con una fe tranquila, que es la manera superior del afecto. **(Aparece la mucama por izquierda).**

MUCAMA.—Está el doctor Cabral.

HEROLD.—¿Cabral?... Hágalo pasar. **(Mucama desaparece).** Debe traerme algún expediente o alguna sentencia.

ADELAIDA.—¿No es uno de los secretarios del Juzgado?...

HEROLD.—Efectivamente.

ADELAIDA.—Me alegro, porque no podrás ir al club.

HEROLD.—**(Con suavidad y ternura).** ¡Qué chica eres!... Ya ves: viene posiblemente a hacerme trabajar.

ADELAIDA.—Lo lamentaría. **(Aparece Cabral por izquierda, acompañado de mucama. Cabral trae unos papeles. Mucama desaparece inmediatamente que Cabral se interna).**

ESCENA III

ADELAIDA, HEROLD, CABRAL, después MUCAMA.

HEROLD.—**(De pie).** Adelante, doctor.

CABRAL.—¿Cómo está usted, señor Juez?...

HEROLD.—Muy bien. gracias. **(Presentando).** Mi señora; el doctor Cabral.

CABRAL.—**(Dándole la mano a Adelaida).** Tengo mucho gusto en conocerla. señora.

ADELAIDA.—De igual modo.

HEROLD.—Siéntese, Cabral. **(Cabral se sienta).** Le voy a servir una copita de cognac.

CABRAL.—No, muchas gracias, señor Juez.

ADELAIDA.—Chartreuse, Maraschino, café acaso, lo que usted guste.

CABRAL.—No, no; muchas gracias, señor. Acabo de tomar.

HEROLD.—¿Qué expediente es ese?...

CABRAL.—Usted lo conoce. Es el expediente de Nager.

HEROLD.—Sí; el crímen horrible, recuerdo perfectamente.

CABRAL.—Le traigo la sentencia para que la firme, pues mañana vence el término.

HEROLD.—Muy bien. **(Cabral le entrega unos papeles que Herold comienza a leer con sumo interés).**

CABRAL.—Es muy sencillo. Todo está perfectamente probado. Hay alevosía y ensañamiento. Posiblemente es el parricidio más horroroso que registran los anales de nuestra delincuencia.

ADELAIDA.—¿Parricidio?...

CABRAL.—Sí, señora.

ADELAIDA.—¡Qué horror!

CABRAL.—Si usted supiera la causa, señora, se horrorizaría más. Imagínese que el parricida ha cometido el crímen porque la víctima no le había devuelto treinta y tres pesos que le debía.

ADELAIDA.—¡Qué barbaridad! Parece mentira que pasen ciertas cosas en el mundo. ¿Y cómo lo mató?...

CABRAL.—Le infirió doce puñaladas, mortales todas.

ADELAIDA.—¿Y cuántos años tiene el matador?...

CABRAL.—El matador tiene veinticinco años, la víctima sesenta y dos: un pobre viejo trabajador que sostenía además a sus dos hijas.

ADELAIDA.—¡Qué barbaridad!... Uno se resiste a creer que haya gente tan malvada.

HEROLD.—**(Con asombro).** ¿Cómo?... ¿La pena de muerte?...

ADELAIDA.—Es demasiado, señor.

CABRAL.—Como lo pide el fiscal, doctor. Es un caso perfecto de pena de muerte.

HEROLD.—¿Pero... usted cree que se puede aplicar la pena de muerte?... ¿Cree que se debe aplicar?...

CABRAL.—Si la ley así lo determina, señor Juez.

HEROLD.—¿Y no le ha temblado el pulso, amigo Cabral?...

CABRAL.—¿Por qué?... Desde el momento que no les tembló a los legisladores que la incluyeron entre las penas del Código, no hay razón para que nos tiemble a nosotros, meros ejecutores de lo que la ley prescribe...

HEROLD.—Recuerde usted, lo que también dice el Código: "Según su ciencia y conciencia".

CABRAL.—En efecto: pero creo que nada impide a la conciencia de un juez aplicar la pena de muerte, desde el momento que debe cumplir con la ley. El juez es un agente de la sociedad y, puesto que la sociedad reclama en su Código la pena de muerte, el juez debe aplicarla. Cuando la conciencia de un juez llega a identificarse con la conciencia social, ese juez es perfecto. Así me parece, al menos. El que mata no es el juez, como no matan los pobres soldados a quienes se obliga a disparar el arma contra el pecho del condenado. Mata la ley: simplemente la ley, de la cual somos esclavos los magistrados como usted, los ciudadanos como yo, los trabajadores, todo el mundo, en una palabra.

HEROLD.—¿Y si la ley no es la expresión de la conciencia social?...

CABRAL.—A mi juicio, no es el juez el indicado para establecerlo. Los legisladores deben hacer la ley. Los jueces deben aplicarla.

HEROLD.—De cualquier modo, yo no firmo esta sentencia.

ADELAIDA.—¡Muy bien!

HEROLD.—Cállate. No intervengas en estas cosas.

ADELAIDA.—Perdóname. **(A Cabral).** Perdone, señor. Ha sido sin querer; se me escapó.

CABRAL.—No faltaba más, señora. Me parece muy bien su espontaneidad. Pero en mi entender nosotros no debemos poner nuestro corazón en estas cosas. **(Aparece Mucama por derecha).**

MUCAMA.—La llaman por teléfono, señora.

ADELAIDA.—Con su permiso, doctor.

CABRAL.—Es suyo, señora. **(Vánse por derecha Adelaida y Mucama).**

ESCENA IV

HEROLD, CABRAL.

HEROLD.—**(Como ensimismado).** ¡La pena de muerte! ¡La muerte! Nadie sabe lo que es la muerte; por lo tanto, nadie debe aplicarla como un castigo. **(Comienza a pasearse).**

CABRAL.—El parricida tampoco lo sabía; sin embargo, mató a su padre, a quien le dió la vida. Considere eso, señor Juez.

HEROLD.—Que un hombre con o sin taras determinantes, enloquecido o no por la pasión, hostilizado por el ambiente moral, bajo la presión de circunstancias distintas y complejas pierda el dominio de sí mismo y mate, lo encuentro perfectamente lógico: una nube ha caído sobre sus ojos y ese hombre no ve, una fuerza superior a su voluntad armó su brazo y acomete sin quererlo, una onda de atavismo invade su conciencia y la extermina para dar paso a los impulsos que duermen en el fondo de su ser y de los cuales nunca es responsable. Pero que un juez mate reflexivamente, fríamente, calculadamente, en nombre del Estado y para dar satisfacción a la sociedad que, por lo general, no se la pide ni se lo agradece, eso, me resulta francamente intolerable. A nadie que esté cuerdo le gusta matar, y si el Estado es la suprema cordura no debe matar. Matan los locos, los tarados, las pobres víctimas de la pasión. Y el Estado no puede ser loco, ni puede apasionarse, mi querido amigo. **(Se hace un silencio).** Además, si la ley autoriza a matar en defensa de la propiedad privada, cuyo régimen y cuya naturaleza el hombre puede discutir y aún negar, con qué derecho se despojará al hombre de la vida que es su mejor propiedad, su propiedad más cierta porque, entre otras razones, no es susceptible de negarse ni de discutirse... Y no sonría usted...

CABRAL.—No, señor Juez. No me sonrío con malicia. Recordaba solamente la frase del maestro francés.

HEROLD.—¿Cuál?...

CABRAL.—No tenía ningún inconveniente en suprimir la pena de muerte, siempre que los señores asesinos fuesen los primeros.

HEROLD.—**(Exaltándose).** ¿Y quién se fabrica asesino?... Nadie. El que quiere matar, cree que quiere, es decir: padece la ilusión de su voluntad libre. Obedece, sin saberlo, a factores heredados o adquiridos sin su culpa.

CABRAL.—Me imagino que la culpa no es de la víctima.

HEROLD.—La culpa es de la sociedad que en tal caso crea dos víctimas: la que mata y la que muere. El asesino es siempre un producto, nunca una causa. Mire usted. Si un viento constante inclina a un árbol en su desarrollo y en una sacudida violenta el árbol hace daño a un niño, de ello no tiene la culpa el árbol, ni siquiera el viento, porque ni el viento ni el árbol lo quisieron. Usted, con su criterio, trataría posiblemente de aniquilar al árbol, porque hizo daño al chico. Yo, en cambio, resguardaría al árbol del viento para que creciera recto y, en todo caso, apartaría a los niños del lugar. Los atavismos son vientos ocultos, los asesinos árboles inclinados, las víctimas niños que la sociedad pudo apartar del peligro. Por lo demás, usted cree o no en la ciencia? Si cree, sabe muy bien que la pena de muerte no ejerce ningún poder intimidatorio, porque así lo demuestra hasta la evidencia la criminología. Si no cree en la ciencia...

CABRAL.—Soy cristiano, señor Juez: y no creo que la ciencia sea la expresión más alta de la humanidad, cuando pretende destruir los valores eternos.

HEROLD.—Si es usted cristiano, tanto mejor. Recuerde usted entonces su gran precepto: "No matarás", en cuyo fondo late acaso lo mejor de aquella filosofía: la filosofía del perdón: No matarás, no matarás nunca, hágante lo que te hicieren. No matarás. Así te injurien, te peguen, te roben dinero u honra, no matarás.

CABRAL.—¿Y entonces?... ¿Qué se hace?...

HEROLD.—Modificar la sentencia.

CABRAL.—El fiscal apelará...

HEROLD.—Sin duda lo harán juez.

CABRAL.—El expediente está en el Palacio.

HEROLD.—Vayamos al Palacio.

CABRAL.—Perfectamente. **(Aparece Adelaida por derecha).**

ESCENA V

DICHOS y ADELAIDA

HEROLD.—¿Quién te llamaba por teléfono?

ADELAIDA.—¡Tía! ¡Pobre vieja! Parece que mañana está de viaje y me pide la manta que yo me había olvidado de devolverle.

CABRAL.—**(Para despedirse).** Señora ..

ADELAIDA.—¿Cómo? ¿Ya se van?
HEROLD.—Efectivamente. No al club, como tú te lo supones.
CABRAL.—A trabajar, señora. Después dicen que los magistrados no justifican el sueldo.
HERODL.—Eso no es nada. No tiene importancia la murmuración anónima. Lo grave es otra cosa: lo que su mujer, doctor Cabral, y la mía pensarán respecto de nuestra noche. Quien sabe en qué raras fiéstas nos suponen mientras estamos entregados a la horrible tarea de distribuir justicia.
CABRAL.—Así es, doctor.
ADELAIDA.—No le haga caso, doctor Cabral. Yo estoy acostumbrada ya a su ausencia.
CABRAL.—Menos mal, señora. **(La saluda)**. Muy buenas noches, señora.
ADELAIDA.—Tanto gusto, doctor.
HEROLD.—Hasta mañana.
ADELAIDA.—¿Cómo hasta mañana?...
HEROLD.—Sí; porque cuando regrese me imagino que te encontraré durmiendo como siempre.
ADELAIDA.—¡Gracioso! **(Cabral y Herold vânse por izquierda. Los acompaña Adelaida que en seguida vuelve al centro de la sala)**.

ESCENA VI

ADELAIDA, después MUCAMA.

(Adelaida toca el timbre, mientras se entretiene con un diario. A poco aparece Mucama por derecha).

MUCAMA.—Señora...
ADELAIDA.—¿Ha recogido todo?...
MUCAMA.—Todo, señora.
ADELAIDA.—¿Regó las plantas?...
MUCAMA.—No he regado las del balcón...
ADELAIDA.—Bien. Lleve esa bandeja y traigame la regadera. Yo daré agua a las del balcón. **(Mucama se va por derecha. Adelaida abre en tanto el balcón y observa hacia afuera. De súbito, impresionada por la presencia de Moreno)**. Pero .. ¡qué cosa! ¡Este hombre que me persigue! **(Entra mucama con la regadera)**.
MUCAMA.—**(Que no ha oído)**. ¿Decía señora?...
ADELAIDA.—**(Reaccionando)**. ¡Eh! Ah, no... Parece que este jazmín se está por secar.
MUCAMA.—Como no recibe mucho sol...
ADELAIDA.—Así es... **(Toma la regadera)**.
MUCAMA.—¿Voy a llevar la manta antes que sea más tarde?...
ADELAIDA.—Ah, si, si... No tardes. Y dile que perdone y muchas gracias. Recuerdos. **(Mucama se va con el paquete. Adelaida riega las plantas; cuando Mucama pasa frente a ella por la calle le dice)**. No te entretengas.
MUCAMA.—**(En la calle)**. No señora.

ESCENA VII

ADELAIDA, luego MORENO

ADELAIDA.—**(Sigue regando unos instantes las plantas del balcón, después lo cierra, apaga luego la luz, en momentos que entra sigilosamente por izquierda Moreno, que viene de la calle)**.
MORENO.—Perdone usted, señora.
ADELAIDA.—**(Al oir las palabras enciende rápidamente la luz y después de ahogar un grito)**. ¿Qué hace usted aquí?...
MORENO.—**(Habla muy nerviosamente, con el temor natural de quien ha cometido su osadía)**. No me negará cinco minutos, señora.
ADELAIDA.—Todo le negaré. Retírese usted inmediatamente o llamo por teléfono a la policía.
MORENO.—Piense que en ese caso sería usted la única persona comprometida.
ADELAIDA.—¿Todavía tiene usted el coraje de acusarme?...
MORENO.—No, señora. Sabe usted bien que la quiero.
ADELAIDA.—Nada sé, nada tengo que saber.
MORENO.—No se alarme usted, señora. He cerrado el zaguán. Entro a su casa como un ladrón, desafiándolo todo, seguro de que usted ha de perdonarme. La culpa de mi actitud la tiene el infinito, el incontenible deseo de llegar hasta usted, de acercarme a su persona todo tembloroso para poderle decir lo que ya le han gritado mil veces mis ojos, cada vez que la he visto asomarse a ese balcón y desde donde usted también ha alimentado mi esperanza con sus miradas adorables.
ADELAIDA.—Se equivoca usted, caballero.
MORENO.—No, no me equivoco. Usted no me ha mirado en vano durante cuatro meses.

ADELAIDA.—Yo no lo he mirado.

MORENO.—Usted ha salido durante cuatro meses a la misma hora en que yo venía a implorarle con mi presencia un poco de amor. Usted no puede negarlo, señora.

ADELAIDA.—Lo niego, caballero.

MORENO.—Y si usted no lo sabe, sépalo ahora. **(Persiste su nerviosidad, habla muy rápidamente y en voz baja).** Cuando un hombre como yo se arriega a penetrar en una casa que le es sagrada por lo mismo que guarda su más preciado bien, es porque ya no puede sufrir más la llama que lo devora... Usted sabe bien que no soy un malhechor; sabe que nada puede temer.

ADELAIDA.—Lo único que sé es que usted no tiene el derecho de comprometer la dignidad y el honor de una mujer, mucho más cuando le consta que esa mujer es casada.

MORENO.—Yo no la comprometo, señora. He visto salir a su marido, que no la debe querer mucho a usted cuando siempre la deja sola.

ADELAIDA.—¿Y a usted que le importa?...

MORENO.—**(Con precipitada vehemencia).** Me importa, sí; porque no debe usted sacrificar su belleza al lado de un hombre que no la aprecia.

ADELAIDA.—Está usted en un error. Adoro a mi marido y si usted tarda en retirarse podrá comprobarlo porque lo mandaré llamar.

MORENO.—¿Por qué me ha mirado usted entonces?...

ADELAIDA.—**(Con energía).** Yo no le he mirado.

MORENO.—**(Con mayor energía).** Me ha mirado.

ADELAIDA.—Supóngase que lo haya mirado. Eso no lo autoriza a entrar en mi casa como un ladrón.

MORENO.—Yo le he enviado tres cartas y usted no me ha contestado.

ADELAIDA.—Porque era mi deber.

MORENO.—¡Ah! ¿Sabía usted que era yo?...

ADELAIDA.—Sí, lo sabía, y no puede usted imaginarse toda la vergüenza que he experimentado al recibir esa afrenta.

MORENO.—¿Afrenta?...

ADELAIDA.—Afrenta, sí, y no pierda usted el tiempo. Nada logrará de mí, como no sea el perdón por sus actos, por haber entrado violentamente a esta casa comprometiéndome, comprometiéndose, y por haberme dicho frases que jamás hubiera querido oir.

MORENO.—¿Me despide usted, entonces?

ADELAIDA.—**(Con suavidad).** No, no lo despido; le ruego que se retire.

MORENO.—A pesar de todo la venden a usted los ojos que al fin y al cabo son los únicos testigos fieles del alma. Dígame usted una vez más que me equivoco y le juro a usted por la sinceridad de mi sentimiento que no me volverá a ver. **(Aproximase).** Hable usted con toda franqueza, aunque me desgarre el corazón. ¿No siente usted nada, absolutamente nada, ni siquiera una leve simpatía? Contésteme.

ADELAIDA.—¿Qué sacaría usted con eso?...

MORENO.—En la noche más obscura, basta una lucecilla insignificante para darnos la ilusión de que no estamos solos. Esa lucecilla que a nadie falta, ni siquiera a los ciegos, porque los ciegos la sueñan, es la que yo le pido para mi pobre amor.

ADELAIDA.—¿Y por qué no la sueña usted? ¿Por qué no imita usted a los ciegos?

MORENO.—Acaso porque lo soy. **(Se acerca con mayor impulso).** Pero usted no me negará, no, esa lucecilla, porque, o yo estoy loco o ya está temblando en sus pupilas. **(Junto a ella).** Yo sé que usted me quiere.

ADELAIDA.—**(Con temor).** ¡Cuidado!... **(Se separa).** Imagínese que nos viesen. ¡Sea usted prudente, por Dios!

MORENO.—No tema usted, señora. Parece que le infundiera miedo.

ADELAIDA.—¿No lo tendría usted en mi lugar?..

MORENO.—No lo tendría.

ADELAIDA.—**(Medio turbada).** Pues yo sí. Yo tengo mucho miedo.

MORENO.—**(En voz queda).** ¿Miedo de qué?...

ADELAIDA.—**(Temblorosa).** De todo, de usted, de mí misma. **Vá**yase, váyase por Dios.

MORENO.—Quiero ser feliz un segundo, mirándola.

ADELAIDA.—Váyase, por Dios. Un segundo no es nada.

MORENO.—En un segundo puede cruzar una eternidad.

ADELAIDA.—**(Turbada).** ¡Por piedad! ¡Váyase usted!

MORENO.—Dígame usted que sí, que yo no me he engañado cuando me he encontrado a mí mismo en su mirada. Y todo lo daré por usted, mi alma y mi sangre. **(Un silencio durante el cual Adelaida embargada por la emoción clava su mirada en Moreno. Este a poco de leer en aquellos ojos amorosos trata de darle un beso en la boca).**

ADELAIDA.—**(Con temor).** ¡Cuidado! ¡No le permito! ¡Váyase; váyase por Dios!

MORENO.—Me iré, señora.

ADELAIDA.—**(Entre desconcertada y temerosa).** Váyase usted pronto.

MORENO.—¿Me permitirá usted que le hable?...

ADELAIDA.—**(Muy nerviosa).** ¡Váyase usted, por Dios! ¡Después hablaremos!

MORENO.—¿Hasta mañana, entonces?

ADELAIDA.—**(Dando su mano que Moreno besa).** Hasta mañana. **(Moreno se retira por izquierda. Adelaida se dirige hacia la derecha; cuando va a transponer el umbral retrocede porque Moreno regresa a la sala).**

MORENO.—**(Desenfunda su revólver).** Alguien abre el zaguán. **(Se adelanta hasta el centro de la sala).**

ADELAIDA.—**(Con la emoción de la sorpresa).** ¿Qué dice usted?...

MORENO.—Que alguien entra.

ADELAIDA.—**(Llena de pánico).** ¡Dios mío! ¿Ha visto usted?... Yo ya me lo imaginaba. Debe ser la sirvienta que vuelve. ¿Qué hacer ahora?...

MORENO.—**(Siempre con el revólver en la mano).** No tema usted. Diré que soy un ladrón. Retírese tranquila.

ADELAIDA.—¡No! Huya usted por el balcón.

MORENO.—¿Por el balcón?...

ADELAIDA.—Sí; por el balcón. **(Lo acompaña corriendo hasta el balcón por donde se va Moreno. Adelaida cierra el balcón. Luego, como llaman en la puerta va a abrirla. Aparecen Herold y Cabral. Este trae en la mano unos expedientes).**

ESCENA VIII

ADELAIDA, HEROLD, CABRAL. Una voz de la calle.

HEROLD.—**(Entrando).** Aquí trabajaremos mucho mejor.

CABRAL.—Seguramente, doctor. **(Deja los expedientes sobre la mesa).**

ADELAIDA.—¡Ah!... Menos mal que han regresado!

HEROLD.—¿Por qué?

ADELAIDA.—Nada. Como estaba sola, la mucama no ha vuelto todavía, y lo que menos esperaba era verlos a ustedes.

HEROLD.—Es claro, ¿te asustaste?...

ADELAIDA.—Sí... no... susto no, pero...

CABRAL.—No es para menos, señora. Con tanto ratero como hay...

ADELAIDA.—Regaba estas plantas y lo que menos me imaginaba...

HEROLD.—Ya ves... Tampoco nos lo imaginábamos nosotros. Hemos resuelto trabajar aquí. Tú nos harás café y nos servirás unos licores para hacer más llevadera la tarea.

ADELAIDA.—Con muchísimo gusto.

HEROLD.—Entonces, amigo Cabral, vaya usted preparando esos papelitos para modificar todos los fundamentos de la sentencia. **(A Adelaida).** Y tú, ten paciencia y colabora con tu presencia, si quieres, pero no te olvides del café. **(Oyese un toque de auxilio dado fuera por un vigilante).**

LA VOZ.—No sé. Parece que un tiro, señor.

CABRAL.—¿Un tiro?...

ADELAIDA.—¿Dónde? ¿A quién?...

LA VOZ.—No sé. Aquí cerca.

OFICIAL.—**(Desde fuera).** Perdone, señor. ¿Tiene teléfono?

HEROLD.—Sí, como no.

OFICIAL.—¿Quiere llamar a la Asistencia Pública?

HEROLD.—¿Qué? ¿Hay heridos también?

OFICIAL.—Sí señor.

HEROLD.—Vé al teléfono, Adelaida. Pronto.

ADELAIDA.—**(Yéndose).** ¡Dios mío!

CABRAL.—**(Después que se oye nuevamente el toque de auxilio).** ¿Auxilio?...

HEROLD.—¿Qué podrá ser?... **(Se levanta. Lo propio hace Cabral).**

ADELAIDA.—Alguna pelea, posiblemente.

HEROLD.—**(Se acerca al balcón).** De aquí se puede ver.

ADELAIDA.—No ha de ser nada.
CABRAL.—Sin duda. Algún ratero, tal vez.
HEROLD.—**(Hacia la calle).** ¿Qué pasa?

ESCENA IX

CABRAL Y HEROLD

HEROLD.—No pierdan tiempo. Pásenlo aquí al herido si quieren, para darle los primeros auxilios.
CABRAL.—Me parece muy bien.
HEROLD.—Pueden pasarlo...
CABRAL.—Naturalmente.
HEROLD.—**(Hacia la derercha y hacia fuera, desde el foro).** Pásenlo, pásenlo... Por aquí... Ya se ha llamado la Asistencia... Pueden colocarlo ahí. **(Pasan por el foro unos cuantos hombres y algún vigilante. El público no verá al herido y apenas si notará la presencia de los que pasan conduciéndolo. Herold se dirige hacia la izquierda. Entra por ahí un Oficial de Policía, con un revólver en la mano, sujeto entre las esposas trae a Moreno. Entra al propio tiempo por derecha Adelaida).**

ESCENA X

DICHOS, OFICIAL, MORENO, ADELAIDA

OFICIAL.—Muchas gracias, señor...
HEROLD.—**(Por el preso).** ¿Y esa persona?...
OFICIAL.—El autor del delito.
MORENO.—Miente, señor.
OFICIAL.—Fué encontrado huyendo con el revólver en la mano. **(Muestra el revólver).** Ya veremos... **(Adelaida se desvanece cayendo sobre una silla).**
CABRAL.—**(Corre hacia ella).** ¡Señora... Señora!...
HEROLD.—**(Corre hacia ella).** ¿Qué tienes?...
OFICIAL.—**(Que ha ido hasta la ventana).** ¡Tráiganlo despacio!
ADELAIDA.—**(Volviendo en sí de inmediato).** Nada... Nada... ¡La impresión!
OFICIAL.—Entren, entren.

TELON.

ACTO SEGUNDO.

El escenario representa una sala de audiencias en el Palacio de Justicia. En el rincón de la izquierda sobre estrados encuéntrase el pupitre del Juez. A su izquierda, la del secretario, a su derecha la del fiscal. Frente a la tarima del Juez una silla aguarda la presencia del procesado. Tras esta silla adviértese la baranda de madera y tras la baranda los bancos en que se sienta el público que asiste a las audiencias. La baranda de madera tiene una puerta en el centro. Puertas practicables al foro y derecha. Una puerta practicable junto al pupitre judicial, por la cual entra y sale el Juez. Una gran araña eléctrica pende del techo suntuosamente decorado. Cuando se levanta el telón no hay nadie en escena. Entra por el foro un Ordenanza que enciende la araña central y abre la puerta de la derecha, vale decir la que da acceso al público. Por esta puerta entra Periodista.

ESCENA I

ORDENANZA, PERIODISTA.

PERIODISTA.—**(Es muy viejo. Habla muy lentamente y con sorna).** Buenas tardes.
ORDENANZA.—Buenas.
PERIODISTA.—¿Es esta tarde el informe?...
ORDENANZA.—Esta tarde.
PERIODISTA.—¿No está el Secretario?...
ORDENANZA.—Para acá venía recién... **(Aparece el Secretario Cabral con unos expedientes bajo el brazo y un revólver que coloca sobre la mesa del Juez).**

ESCENA II

DICHOS y CABRAL.

CABRAL.—Hola, amigo periodista. ¿Qué hace usted por acá? ¿Está usted por endilgarnos otro artículo como aquel en que nos discutió la sentencia acerca del proceso Alda?
PERIODISTA.—**(Dándole la mano).** Nada de eso ,espero noticias. ¿Esa célebre audiencia tendrá lugar ahora?
CABRAL.—Efectivamente. **(El ordenanza sacude el polvo de algunos bancos).**
PERIODISTA.—¿Y la sentencia?...
CABRAL.—**(Invitándolo con un cigarrillo).** Saldrá en seguida. El señor Juez quiere ampliar algunos fundamentos y ratificar unos testimonios antes de dictarla.
PERIODISTA.—¿Absolutoria?

CABRAL.—No me parece.
PERIODISTA.—El procesado ha negado siempre; sin embargo.
CABRAL.—Así es; pero no basta negar; las pruebas son terminantes. La acusación fiscal es inconmovible. No podrá achacar usted, crueldad, al Juez Herodl. Demasiado sabe usted que se negó a firmar la pena de muerte en el parricidio de Nager. Prefirió la clemencia de veinticinco años de presidio a lo que ustedes han dado en llamar ferocidad de la pena de muerte.
PERIODISTA.—Nosotros no: una sana moral del respeto a la vida ajena y la escuela criminológica de la irreparabilidad, muy digna de tenerse en cuenta.
CABRAL.—De cualquier modo, si Herold condena a Moreno puede tener usted la seguridad de que hace justicia.
PERIODISTA.—La justicia es muy elástica, secretario amigo. Hay una justicia ideológica y una justicia sentimental; una justicia filosófica y una justicia práctica; una justicia de ley y una justicia de interpretación. ¿Podría decirme usted, cuál es la verdadera?
CABRAL.—La del juez que entiende la causa.
PERIODISTA.—¿Y cuándo los jueces son varios?
CABRAL.—Por ejemplo...
PERIODISTA.—Cuando el juez de sentencia condena y la cámara de apelaciones absuelve o viceversa?
CABRAL.—La de la Cámara. Varias conciencias y varios juicios, valen más que un solo juicio y una sola conciencia.
PERIODISTA.—Y cuando en una Cámara de jueces, uno condena y el otro absuelve ,¿quién es el juez justo? ¿El que absuelve o el que condena?
CABRAL.—El que obtiene mayoría. **(El ordenanza se va una vez que ha abierto puertas).**

ESCENA III

PERIODISTA, CABRAL

PERIODISTA.—¿Y por qué esa mayoría no se vuelve al par que contra el procesado, contra el juez injusto?... ¿No le parece a usted que si el número sirvió para hacer justicia al procesado, servirá también para hacer justicia al juez, cuyo dictado no coincidió con el de la mayoría?
CABRAL.—Hace usted juegos de dialéctica, periodista amigo... **(Periodista sonríe).** ¿Por qué sonríe?...
PERIODISTA.—¡Dialéctica!... Las razones irrefutables son para sus enemigos simples juegos de dialéctica. Pero... no tiene importancia el caso. En breve va a comenzar la audiencia. ¿No?
CABRAL.—Sí; puede usted ocupar un buen sitio en el primer banco.
PERIODISTA.—**(Sacando papeles para tomar apuntes).** En efecto. **(Se sienta. Entran algunos espectadores por la puerta de la derecha que un vigilante custodia. Los espectadores ocupan algunos asientos. El Secretario desaparece por la puerta de la izquierda. Por la derecha aparecen una señora anciana, Micaela, una señorita, Aída).**

ESCENA IV

PERIODISTA, VIGILANTE, MICAELA, AIDA, ESPECTADORES; después LUISA, RETO, y ARTURO PRIETO; después, el Defensor.

AIDA.—**(A vigilante).** ¿Aquí es el informe in voce sobre el proceso Moreno?
VIGILANTE.—Sí, señorita.
AIDA.—Gracias. **(A Micaela).** Entre mamá. **(Le ayuda a hacerlo).** Entre. **(A Vigilante).** ¿Podemos sentarnos aquí atrás?...
VIGILANTE.—Donde usted quiera, señorita. **(Se sientan. Aparecen por la derecha Luisa Reto, y Arturo Prieto, matrimonio joven, ella de buena presencia, él de aspecto arrabalero).**
PRIETO.—**(Al Vigilante).** ¿Se puede saber dónde se sienta la testigo? **(Vigilante no responde. Prieto habla con violencia).** ¡Oiga! ¡ usted le estoy hablando... **(Más fuerte aún).** A usted, señor "botón".
VIGILANTE.—Modere su lenguaje y sáquese el sombrero. **(Algunos circunstantes observan el diálogo).**
PRIETO.—**(Después de sacarse el sombrero).** ¿Y por qué no me contesta entonces? ¿O me ha tomado por algún reo? ¿No ve que soy el marido de la testigo? Me imagino que a usted no lo han puesto para dictar sentencia. **(Dándose vuelta).** ¡La facha del ministro!...
VIGILANTE.—Me han puesto para guardar el orden.
PRIETO.—Entonces debiera contestar en seguida y no quedarse abriendo la boca como si fuese un rey.
LUISA RETO.—Cálmate, Prieto.
VIGILANTE.—Vea ¡señor!

PRIETO.—¡Claro que señor!
VIGILANTE.—Le ruego que se calme.
PRIETO.—A usted le pagan para desempeñar su oficio. Y a mí no me alumbran nada para concurrir a la citación con mi mujer. Yo no como del presupuesto, como usted.
VIGILANTE.—Vea, señor: no le permito que me falte al respeto; de lo contrario, voy a proceder.
LUISA RETO.—Por Dios, Arturo.
PRIETO.—¡No se enoje, no se enoje!... Ni que fuera un delito vivir del presupuesto.
VIGILANTE.—¡Cállese la boca!
PRIETO.—**(Costándole serenarse).** ¡Está bien!
LUISA.—Cállate por Dios. **(A Vigilante).** ¿Dónde nos sentamos?
VIGILANTE.—Ya la llamarán. Por el momento donde mejor le parezca. **(Se sientan Prieto y Luisa. Aparece por la derecha el Defensor, con una cartera bajo el brazo).**
DEFENSOR.—**(Saludando a Micaela).** ¿Cómo está, señora?...
MICAELA.—¡Doctor! ¿Muy bien y usted?... **(Le da la mano).**
DEFENSOR.—**(Dando la mano a Aida).** ¿Y usted, señorita?...
AIDA.—Muy bien, gracias.
MICAELA.—A ver si puede salvarlo a mí pobre hijo.
AIDA.—Sí, doctor.
DEFENSOR.—Haré lo que pueda, señora. He sostenido su inocencia y no sería difícil que la sentencia tuviéra en cuenta los argumentos ya expresados en la defensa.
AIDA.—¡Ojalá, doctor!
DEFENSOR.—Hasta ahora. **(Entran por la puerta de la izquierda el Juez Herold, el Secretario Cabral, el Fiscal, quienes ocupan sus respectivos puestos. El Defensor atraviesa la baranda y se instala en su mesa).**

ESCENA V

DICHOS, HEROLD, CABRAL, FISCAL.

HEROLD.—¿El procesado?...
CABRAL.—Va a pasar en seguida. **(Aparece por el foro Moreno, con un Vigilante en custodia; éste, una vez que Moreno se sienta en su silla correspondiente, se aparta).**
HEROLD.—Queda abierta la audiencia. Para mejor proveer, de acuerdo con lo que determina el artículo 491 del Código de Procedimientos en lo Criminal, se ha llamado a ratificar la declaración de los testigos Sara Andreini y Luisa Reto.
CABRAL.—Sara Andreini no ha concurrido al Juzgado.
FISCAL.—Considero oportuno, Señor Juez, que se la cite nuevamente.
HEROLD.—Así se hará.
CABRAL.—La testigo estaba ausente y se le dejó citación.
HEROLD.—Llámese a ratificar su declaración a la testigo. **(Hojea el expediente).** Luisa Reto.
CABRAL.—Luisa Reto. **(Luisa Reto avanza y se coloca en el sitio correspondiente, frente al Juez).**
HEROLD.—**(Se levanta. Todos se levantan).** ¿Jura usted decir verdad en todo lo que se le pregunte?...
LUISA RETO.—Sí, señor, Juez.
HEROLD.—**(Hojeando al expediente y fijando la atención en diversas partes del mismo).** Usted, en su declaración de fojas 114 ha manifestado que la noche del 21 de Abril, después de sentir una detonación de arma de fuego vió salir del zaguán correspondiente a la casa de la calle Andes número 1293, al procesado Moreno.
LUISA.—Es cierto. **(El Secretario anota).**
HEROLD.—¿Cómo lo sabe?
LUISA RETO.—Era el mismo señor que está aquí. **(Lo señala).** Yo venía del almacén, a donde había ido a buscar algunas cosas para la familia que yo servía.
HEROLD.—¿Podría usted asegurar que el señor **(Señala a Moreno)** descargó su arma contra el pecho de la víctima?
LUISA RETO.—Yo no lo ví, de modo que no podría asegurarlo, como puedo asegurar, que es el Señor Juez quien me pregunta en este momento; pero del lugar en que ocurrió el crimen salió una persona huyendo con un revólver en la mano, y yo supongo que era este mismo señor.
HEROLD.—¿Cómo era el revólver?...
LUISA RETO.—No me acuerdo.
DEFENSOR.—Ha declarado, sin embargo, que era negro.
LUISA RETO.—Me parece que sí, que es el mismo que otra vez me mostraron aquí.

HEROLD.—¿Podría asegurarlo?...

LUISA RETO.—No señor; no podría asegurarlo rotundamente, pero... casi juraría que es el mismo.

HEROLD.—¿Cómo vestía la persona que usted vió huir?...

LUISA RETO.—Traje oscuro.

HEROLD.—¿Sombrero?...

LUISA RETO.—Gris claro. **(El Defensor toma apuntes).**

HEROLD.—Si el Señor Defensor o el Señor Fiscal desean repreguntar...

FISCAL.—Por mi parte no, señor juez. El mismo procesado ha declarado que llevaba traje negro y sombrero gris como lo hago notar en la acusación y como lo afirman los otros testigos, Alberto Alvarez, Juan Luna y Felipe Anastasio que reconocieron el revólver, carente de la bala homicida y afirman lo que acaba de manifestar por segunda vez la testigo. Ello hace presumir una vez más la culpabilidad de Moreno.

HEROLD.—¿El señor Defensor?...

DEFENSOR.—Sólo espero la presencia de la testigo Andreína.

CABRAL.—No ha venido.

HEROLD.—Puede suspenderse y postergarse la audiencia si así lo desea el señor Defensor.

DEFENSOR.—No, señor Juez; por mi parte no tengo ningún inconveniente en que se prosiga, lamentando tan sólo esa ausencia.

HEROLD.—¿El procesado tiene algo que decir?...

MORENO.—Lo de siempre, señor Juez; que soy inocente! Por lo que respecta a la bala de que carecía mi revólver — ya que sobre ello ha insistido el señor Fiscal — repito al señor Juez que se me escapó el tiro, en circunstancias especiales y sobre las cuales no quiero hablar.

FISCAL.—Por temor a contradecirse, seguramente.

MORENO.—No, señor Fiscal; porque no quiero sencillamente. Le agradecería al señor Juez que preguntara a la señora testigo cuántas detonaciones oyó.

FISCAL.—Ya lo ha declarado.

MORENO.—Pero una vez dijo que dos y otra que una.

HEROLD.—Ruego al señor Fiscal que no interrumpa al procesado. **(A Luisa).** ¿Cuántas detonaciones sintió la testigo? **(Hojea el expediente).**

LUISA RETO.—**(Recordando).** Es cierto. Al principio yo dije que eran dos.

MORENO.—Como fueron en realidad. Y en mi revólver faltaba una sola bala. La otra que nadie sabe de qué revólver partió fué la que mató a Goyena.

FISCAL.—**(Con sorna).** A quien usted no tenía el gusto de conocer.

MORENO.—**(Con energía).** A quien no tenía el gusto de conocer, señor Fiscal.

HEROLD.—Al principio, **(se dirije a Luisa).** usted declaró que dos. ¿Y después, por qué declaró que una?...

LUISA RETO.—Después me hicieron reflexionar y me confundí. Si he de decir la verdad ahora mismo, Señor Juez, yo no sabría decir si fueron dos o una. Pero... me parece que fueron dos.

DEFENSOR.—Ya me he referido a esa contradicción en la defensa, señor juez.

HEROLD.—¿Quién la hizo reflexionar?...

LUISA RETO.—Y... en la policía, señor Juez.

HEROLD.—**(A Moreno).** ¿Tiene algo que agregar?...

MORENO.—Nada más, señor Juez: que soy inocente.

HEROLD.—Puede retirarse la testigo. **(Luisa vuelve a ocupar su puesto de antes).** Tiene la palabra el señor Agente Fiscal.

FISCAL.—No debiendo agregar nada a los fundamentos de la acusación, insisto en mi petitorio de pena, señor Juez.

HEROLD.—Tiene la palabra el Señor Defensor.

DEFENSOR.—Doy por reproducidos, señor Juez, todos los argumentos contenidos en la defensa. Niego una vez más, por mi parte, la culpabilidad del procesado. Los hechos en que se basan las presunciones a que alude el Señor Fiscal, a través de cuya vaciedad construye artificialmente su llamada "prueba irrefutable", no son hechos verdaderos, como no son lógicas, según mi demostración anterior, las manifestaciones de los testigos que condenan a mi defendido.

FISCAL.—El señor Defensor podría usar otro término distinto al de "vaciedad" que no le admito.

DEFENSOR.—No encuentro una calificación mejor.

HEROLD.—Ruego al señor Fiscal que no interrumpa al Defensor.

DEFENSOR.—No haré ahora acopio de los datos ilustrativos que ofrece la moderna psicología experimental cuando hace tambalear los decantados principios del testimonio jurídico. No lo considero necesario después del estudio que al respecto he presentado en el escrito de defensa. Pero quiero llamar la atención del señor Juez sobre el particular, muy especialmente, porque no se trata de simples teorizaciones, sino de experiencias científicas que el criterio del señor Juez debe tener en cuenta. Según aquellos datos, como así lo ha demostrado hasta la evidencia el célebre profesor Claparede, de la Universidad de Ginebra, una persona, aunque sea una persona normal, no sólo puede falsear la verdad de buena fe, sino también referirse a hechos que ella vió y que, sin embargo, nunca se produjeron. Podría ser el caso de la testigo que acaba de ratificar sus declaraciones. El hecho delictuoso inflúye sobre sus sentidos, confundiéndolos, perturbándolos transitoriamente, lo que basta para adquirir no sólo una noción falsa de las circunstancias en que aquél se produjo, sino también para percibir el hecho mismo de acuerdo con las desviaciones y transformaciones propias del estado en que se encuentra el sujeto.

DEFENSOR.—El sujeto cree una cosa y ocurre otra...

PRIETO.—**(Desde su puesto).** Eso quiere decir en cristiano, que mi mujer está loca, con perdón del señor Juez. **(Asombro general).**

HEROLD.—¿Qué dice ese hombre?

VIGILANTE.—Cállese la boca.

PRIETO.—**(A Vigilante).** Avise, pues. ¿Qué se ha pensado?... ¿No ha oído que he dicho con permiso del señor Juez? ¿O se cree que es la primera vez que vengo a un juicio?

LUISA.—¡Cállate, Prieto, por favor!

PRIETO.—Me parece que yo no falto a nadie y que estoy en mi derecho al defender a mi mujer. Y sino que lo diga el señor Juez. **(Al Vigilante).** Usted no es nadie aquí para proceder.

CABRAL.—**(De pie).** Pero, no se puede interrumpir la audiencia.

PRIETO.—Y bueno... El que no sabe es como el que no ve. No es para tanto. Si la he metido, perdóneme o métame preso.

PERIODISTA.—**(Sonriendo y tomando apuntes).** Una excelente nota. ¿Cómo se llama usted?

PRIETO.—Arturo Prieto, para servirlo en cualquier terreno.

VIGILANTE.—Cállese la boca, señor.

DEFENSOR.—Perdone el señor Juez, pero la expresión del señor que acaba de hablar...

LUISA.—Es que no sabe lo que dice, señor. Es un poco atropellado. Perdónelo, por favor. **(A Prieto).** También, eres un rico tipo. ¿Por qué no te callas? Parece mentira que seas así, ¡por Dios! ¡Ni que te fueras a morir si no hablas!

PRIETO.—Sí, me callo. Yo te voy a arreglar en casa.

LUISA.—**(Asustada).** ¡Por favor!

CABRAL.—**(De pie después de oír algunas palabras a Herold).** Ruego a los señores que guarden el más absoluto silencio y que no interrumpan al señor Defensor en su exposición.

PRIETO.—Está muy bien, señor. Me callaré y perdone.

DEFENSOR.—No se trata de perdonar. Se trata de esclarecer. La esposa del señor que acaba de interrumpir no es loca. Si lo fuera no serviría como testigo.

PRIETO.—**(A Vigilante).** ¿Ha visto?...

DEFENSOR.—Pero se puede equivocar.

PRIETO.—Es cierto, sí señor... Y se equivoca bastante.

CABRAL.—**(De pie).** Le ruego al señor que guarde silencio o que se retire. **(Silencio absoluto).**

DEFENSOR.—Pero el señor Fiscal ha insistido sobre todo en el reconocimiento que la testigo ausente señora Andreini, ha hecho de la persona de Moreno. Para la señora Andreíni. Moreno es la misma persona que huyó disparando del zaguán en que la víctima recibió el balazo; usaba el mismo sombrero gris, vestía el mismo traje negro que ostentaba cuando lo arrestaron. Tenía además una presencia igual, la propia altura de Moreno y aún más, ofrecía exactamente su corpulencia. Pues bien; ello no es suficiente, señor Juez, para confundir a Moreno y al delicuente en una misma persona. No basta la exterioridad material del victimario para determinarlo: y no quiero recordar las deplorables consecuencias que ha dado lugar en la justicia primitiva el procedimiento de la designación del delincuente por la vía de las semejanzas personales, porque me consta que el mismo señor Fiscal las conoce con toda precisión.

FISCAL.—No las conozco y me agradaría mucho conocer un solo caso.

DEFENSOR.—Hay innúmeros ejemplos clásicos, señor Fiscal. No ha de ignorar, verbigracia, el de Lesurque, citado por Frammarino, el eminente tratadista de la prueba. Reconocido como asesino en el famoso proceso del crimen de Lyon, por la testigo Lockroy de Mongerón, murió en el patíbulo siendo inocente. No desconocerá tampoco el señor Fiscal la suerte que cupo al pobre Causac, citado por Brignoli. El delincuente, deja en las manos del agredido un rizo de cabellos, que corresponde a la cabellera de Causac, las víctimas declararon reconocer en su persona al agresor, su traje resulta también el mismo; lo detienen ,lo procesan ,lo sentencian a muerte, lo ejecutan. Medio año más tarde el verdadero asesino confiesa su delito. Como este caso, señor Juez abundan a centenares aquellos en que el reconocimiento aludido ha fracasado, sin que los acusadores públicos se conmuevan sobre las lápidas de los inocentes. **(Oyese un murmullo en el público).**

PERIODISTA.—Muy bien. **(El Juez agita la campanilla, entra por la derecha Adelaida, en traje de calle).**

ESCENA VI

Dichos y ADELAIDA, después ESCRIBIENTE

DEFENSOR.—**(Prosiguiendo con calor).** Por encima de todo eso, existe la notoria probidad del procesado: su negativa permanente y serena. **(Adelaida sin ser advertida ocupa un puesto en los bancos del público, manifestando vivo interés por todo lo que allí ocurre).** Por muy fuerte que fuera la resistencia de un culpable a confesar su delito, no podría en ningún caso mantener una serenidad tan bella frente a los hechos que se le imputan; no podría persistir tranquilo a través de testimonios árduos que tienen más de indagación sumarial que de prueba seria, y sobre los cuales la defensa espera ver levantarse como un ideal el astro de la justicia. No se me escapa, señor Juez, la gravedad de ciertas pseudopruebas que tienden a impresionar los ánimos, como tampoco el silencio odioso que al respecto han guardado personas influídas por las crónicas policiales o por razones privadas misteriosas.... **(Adelaida se estremece).** pero de todas maneras la defensa confía en la ecuanimidad del magistrado que debe sentenciar y espera confiadamente la absolución que pide para el procesado Moreno. **(Mientras suenan los aplausos un Escribiente del Juzgado entra por la puerta del foro y dice breves palabras al secretario Cabral. Este, a su vez, se acerca al Juez y le habla del mismo modo).**

HEROLD.—Perfectamente. **(Dirigiéndose al Defensor).** Habiendo llegado la testigo Sara Andreini, el Juzgado para mejor proveer la llamará a fin de que ratifique y amplíe su declaración. **(Advierte el sollozo de Micaela).**

CABRAL.—**(Al escribiente que aguarda una orden).** Hágala pasar. **(Escribiente vase por la derecha. Cabral ocupa su puesto, Herold ojea el expediente.**

AIDA.—**(A Micaela).** Cállese, mamá. Tenga un poco de paciencia; por Dios.

MICAELA.—¿Qué quieres que haga? No me puedo acostumbrar a verlo así, como si fuese un asesino.

AIDA.—**(A Micaela).** Tenga un poco de fe, mamá. Todavía se puede salvar.

MICAELA.—**(Llorando).** Y eso que es inocente. Si fuese culpable no lo hubiese ocultado.

AIDA.—¡Oh! **(Atribulada).** Pero... no se ponga así. mamá.

UNA VOZ.—**(Del público).** Lo van a condenar, verás. Son muchos los testigos. **(Aparece por derecha, acompañada por el Escribiente, Sara Andreini, mujer de treinta y cinco años, vestida sencillamente).**

ESCENA VII

Dichos y SARA ANDREINI

HEROLD.—**(A Sara Andreini).** Puede usted pasar, señora. **(Sara Andreini atraviesa la baranda y se coloca en el lugar correspondiente al testigo. El Escribiente vase por la derecha).** Va a prestar juramento. **(Todos se levantan).**

DEFENSOR.—Pido al señor Juez se haga conocer a la testigo las penas en que incurren los que proceden con falsedad en sus declaraciones.

HEROLD.—Lea el Secretario.

CABRAL.—**(Leyendo).** Artículo 286 del Código Penal: El testigo falso será castigado: 1.º Si en virtud de su falso testimonio se impusiese la pena de muerte, sufrirá penitenciaría por 6 a 10 años; 2.º Si se impusiese presidio o penitenciaría por tiempo inde-

terminado, sufrirá presidio o penitenciaría por 3 a 6 años;3.º Si se impusiese presidio o penitenciaría por menos de 10 años sufrirá la prisión de 1 a 3 años; 4.º Si se impusiese prisión, destierro o inhabilitación sufrirá arresto de tres meses a un año; 5.º Si se impusiese arresto o multa, sufrirá la tercera parte de la pena.

HEROLD.—¿Jura usted decir verdad en todo lo que se le pregunte?...

SARA ANDREINI.—Sí; señor juez. **(Todos se sientan).**

HEROLD.—Usted ha declarado que cuando oyó la detonación se encontraba casi frente al lugar en que ocurrió el crimen.

SARA ANDREINI.—Sí; señor Juez.

HEROLD.—¿A qué distancia?

SARA ANDREINI.—Unos veinte metros.

HEROLD.—¿Como puede asegurar entonces que salió del zaguán?

SARA ANDREINI.—Porque lo ví, señor Juez. Después que sonó el tiro, salió del zaguán, cruzó enseguida delante de mí con gran velocidad y volvió luego a cruzar en dirección al lugar del crimen, llevando en la mano su revólver.

HEROLD.— ¿Y cómo se explica usted que haya huído del lugar del crimen y enseguida se haya dirigido al mismo sitio?

DEFENSOR.—En efecto. ¿Cómo se lo explica?...

SARA ANDREINI.— ¿Cómo señor Juez?...

HEROLD.—Que ¿cómo se explica usted que Moreno haya huído del lugar del crimen y enseguida se haya dirigido al mismo sitio?

SARA ANDREINI.—El se dió vuelta cuando sintió el primer toque de auxilio.

HEROLD.—¿Cómo puede Vd. asegurar que en ambos casos se trataba de la misma persona?

SARA ANDREINI.—Porque lo he visto. Es esta misma persona que tengo a mi lado. **(Señala a Moreno).** Llevaba sombrero gris, traje negro, iba muy pálido, me clavó ssu ojos al pasar...

MORENO.—No es cierto. **(Oyense murmullos en el público).** No es cierto señor Juez.

SARA ANDREINI.—Es cierto, señor, tenía la cara de una persona que estuviese desesperada. Desde que sonó el tiro hasta que lo arrestaron yo lo estuve viendo.

HEROLD.—¿Podría usted afirmar sin dudas de ninguna especie que el procesado Moreno es el matador de Goyena?...

SARA ANDREINI.—Lo juraría, señor Juez, y estoy asombrada de que él lo niegue.

ADELAIDA.—**(Que no ha podido contener su emoción, irguiéndose sobre su dolor, en un estallido de indignación vehemente)** ¡¡¡Esa mujer miente!!! **(Grandes murmuraciones en el público).**

HEROLD.—¿Quien ha proferido esa frase?...

ADELAIDA.—¡Yo he sido! Puedo asegurar que esa mujer miente y que Moreno no es el matador de Goyena. **(Reedítanse los murmullos).**

MORENO.—**(A Adelaida)** ¡Señora!...

CABRAL.—Silencio, señores.

HEROLD.—**(Con energía)** ¿Quién habla?...

ADELAIDA.—¡Yo!...

CABRAL.—Entiendo que es su señora.

HEROLD.—**(Poniéndose de pie).** ¿Qué dice usted?...

ADELAIDA.—Moreno estaba en casa cuando ocurrió el crímen.

HEROLD.—**(Siempre de pie, en medio de los murmullos).** ¡Adelaida!

MORENO.—No es cierto lo que dice esa señora.

ADELAIDA.—Es cierto. No puedo permitir que se cometa una injusticia semejante.

MICAELA.—¡Señora!... **(Le besa la mano).** ¡Qué buena es usted!... Gracias, señora.

HEROLD.—**(Después de un largo silencio, de pie, venciendo su emoción cruel, pálido, tembloroso).** Queda suspendida esta audiencia. **(Al Secretario Cabral).** Ordene usted que desalojen la sala inmediatamente.

CABRAL.—**(Al Vigilante).** Haga cumplir la orden del señor Juez. **(El Fiscal se retira por el foro, la concurrencia vase por derecha, asombrada de lo que allí ha ocurrido, sin necesidad de que el vigilante lo ordene. Sara Andreini atraviesa la baranda, luego hace lo mismo el Defensor. Vánse estos también por la derecha. Adelaida que ha permanecido de pie en un extremo de la sala se siente sollo-**

zando: a su lado está el Vigilante. Cabral se dirige desde su puesto a este último). Retírese también usted. **(Se retira, cerrando la puerta. Al vigilante que custodia a Moreno).** Usted también. **(Se retira por el foro. Cabral cierra todas las puertas).**

HEROLD.—**(A Cabral).** Hágame el obsequio... **(Cabral espera una orden).** Déjenos solos. **(Cabral se retira por la puerta adyacente a la mesa del Juez).**

ESCENA VIII

HEROLD, ADELAIDA, MORENO

HEROLD.—**(Desciende del sitial, acércase a Adelaida con su tempestad interior, cójela violentamente de un brazo, observa alternativamente a la esposa y al procesado).** ¿Qué es esto? ¿Qué significa semejante actitud? ¿Qué quiere decir eso de que Moreno estaba en nuestra casa cuando ocurrió el crímen?...

MORENO.—Yo le explicaré, señor Juez. Yo soy el único culpable.

HEROLD.—¡Contesta! ¡Contesta!

ADELAIDA.—¡Me haces daño!

HEROLD.—¡Contesta!

ADELAIDA.—Lo haré.

MORENO.—La señora no tiene ninguna culpa de lo que ha pasado, señor Juez.

HEROLD.—¡Habla de una vez o no respondo de mí!

ADELAIDA.—Fué el día de mi cumpleaños. Tú habías salido con Cabral, y...

MORENO.—Y yo entré violentamente en la casa del señor Juez.

ADELAIDA.—Así es.

HEROLD.—¿Con qué objeto? ¿De robar, acaso?... No, seguramente, porque no es usted un ladrón. Si usted lo fuera lo habría declarado paladinamente y no se hubiese comprometido con su silencio. **(Oyese el sollozo de Adelaida).** ¿A qué fué usted entonces? **(No responde, se dirige a Adelaida).** Dilo tú, ya que tienes el coraje de gritar su inocencia en una audiencia pública.

ADELAIDA.—Tenía miedo que lo condenaras.

HEROLD.—Quiere decir que eso te hubiese conmovido.

ADELAIDA.—Sí; porque es inocente.

MORENO.—Tan inocente, como lo es su esposa del delito que usted comienza a sospechar.

ADELAIDA.—El había entrado a casa, había hablado conmigo y cuando tú llegabas salió precipitadamente por el balcón, temeroso de que lo vieras.

HEROLD.—¿Y qué fué a hacer a mi casa?...

ADELAIDA.—**(Después de un silencio).** No sé... Tú no lo comprenderías si lo dijera.

HEROLD.—¡No lo comprendería! **(A Moreno).** Tenga el coraje de la verdad al menos, puesto que es usted su cómplice.

MORENO.—**(Después de un largo silencio).** Yo, señor, quería a su esposa tanto como ella, me despreciaba. Soy el único culpable. No he hablado porque temía comprometerla injustamente.

HEROLD.—¡Miente!...

MORENO.—Lo juro, señor Juez.

HEROLD.—¡Miente, repito! No se entra a la casa de la mujer que nos desprecia ni huimos de su lado con la complicidad de la misma. Si ese desprecio existe, abandone usted los juramentos. **(A Adelaida, que solloza).** ¡Miserable! ¡Miserable! **(La ira tiembla en sus palabras).** Has preferido burlar mi honor a cuidarlo. Has pagado con una infamia mi fe en tú bondad. Y agregas a todo eso la publicidad de tu crímen. ¿Qué más quieres aún?... **(Con toda la fuerza de su alma reciamente sacudida).** ¡Pero no! ¡Esta la pagarás!... ¡Vete, vete con tu hombre! Yo firmaré su absolución para que goces a su lado.

MORENO.—¡Señor Juez!

ADELAIDA.—¡Me estás ofendiendo! No eres más dueño de tí mismo y dices cosas inaceptables.

HEROLD.—**(Su tormenta interior adquiere potencia trágica).** ¡Ah! ¡No!... ¡Esto es ya demasiado! ¡Pretendes engañarme más aún!... Pero. No sabes, desdichada, que ese es el argumento de todas las culpables? **(La toma de los brazos, la zamarrea).** ¿No sabes que eres una vulgar adúltera?...

ADELAIDA.—**(En un grito).** ¡Herold!

HEROLD.—¿Por qué agregas más infamia aún?... **(Sus manos atenazan la garganta de Adelaida que logra desasirse. Herold la persigue hasta que la atrapa nuevamente, pretendiendo ahorcarla).**

MORENO.—¡Señor Juez!... Yo soy el culpable, repito. **(Notando que su palabra y sus esfuerzos son inútiles, desesperadamente grita golpeando en todas las puertas. Aparece Cabral, que cierra violentamente la puerta).**

ESCENA IX
DICHOS y CABRAL.

CABRAL.—**(De inmediato y con energía).** ¡Señor Juez! **(Se interpone; los separa).** ¡Señor Juez! **(Herold pretende agredir aún a su mujer).**

HEROLD.—¡Infame!

ADELAIDA.—**(Llorando).** ¡Me has hecho tanto daño!

HEROLD.—**(Agrediéndola).** Debiera matarla.

CABRAL.—**(Después de separarlos).** Recuerde usted sus palabras, doctor. ¡No matarás!... ¡No matarás nunca!... Así te injurien, te peguen, te roben dinero u honra, no matarás!...

HEROLD.—**(Caese sobre una silla, llora breves momentos).** ¡Sí!... Tiene usted razón. Tiene usted razón. **(Pausa larga).** ¿Dónde está el expediente?

CABRAL.—Aquí, doctor.

HEROLD.—Démelo. **(Cabral se lo entrega).**

ADELAIDA.—Perdóname, Herold.

HEROLD.—**(Sin oirla, se dirige a Cabral).** Rompa el proyecto de sentencia y haga otro absolviendo de culpa y cargo al procesado Moreno, agregando que esta causa no afecta a su honor ni a su buen nombre. **(Firma).** Aquí se lo dejo firmado.

CABRAL.—Así se hará, señor Juez.

MORENO.—¡No!... Condéneme, señor Juez. No sea usted magnánimo con quien le ha hecho tanto daño!...

ADELAIDA.—Perdóname, Herold.

HEROLD.—**(Con energía).** ¡Silencio!... **(A Cabral).** Que el procesado Moreno sea puesto en libertad inmediatamente.

CABRAL.—Perfectamente. **(Se va).**

ESCENA X
HEROLD, MORENO, ADELAIDA.

HEROLD.—**(Después de cerrar la puerta. Se dirige lentamente a su pupitre, sube los estrados y permanece de pie en su sitial mirando fijamente a Moreno y Adelaida. De pronto una idea cruza por su cerebro, desciende de la tarima y dice, encarándose con Moreno).** ¡Suba usted!

MORENO.—**(Desconcertado).** ¡Señor Juez!

HEROLD.—¡Suba usted!... **(Moreno asciende. Entre tanto se dirige a Adelaida).** ¡Usted también!

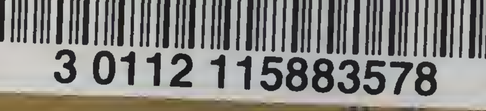
ADELAIDA.—¿Qué vas a hacer, Herold?...

HEROLD.—¡Suba usted! **(Adelaida obedece. Una vez en el pupitre ambos, Herold coje por el respaldar la silla del procesado).** ¡Ustedes son mis jueces! **(Se sienta).** ¡Juzguen! **(Adelaida y Moreno se miran asombrados. Herold se vuelve a poner de pie y con un movimiento rápido toma el revólver que está sobre la mesa).** ¡Juzguen, he dicho! **(Moreno le coje la muñeca en momentos que Adelaida profiriendo un agudo grito s eabraza a Herold, el cual permanece con el revólver en la mano).**

ADELAIDA.—¡Herold, no lo hagas, por mí, por tu vida!

HEROLD.—**(Abriendo el tambor del arma y cogiendo una bala).** ¡Es cierto! **(Con ironía desesperada).** ¿Qué muerte me podrías dar tú, si ya me mataron éstos?... **(Tira el revólver).**

TELON.


3 0112 115883578